

comunion protestante para cumplir y realizar una obra tan extraordinaria como la obra de la revolucion religiosa y sus aplicaciones republicanas y democráticas á que se hallaba él, por sus vocaciones interiores y por su ministerio social, comprometido, así ante el juicio de su propia conciencia como ante el juicio de la remota posteridad.

El trabajo de los reformadores no era un trabajo que tendiese á mejorar los individuos solamente, tendia tambien á mejorar la sociedad. No les bastaba, no, como á los primeros reveladores y apóstoles de nuestra doctrina, cristianizar los individuos; habian menester el cristianizar la sociedad. A los primitivos cristianos bastábales con que la conciencia se iluminase y la voluntad se dirigiese al bien; estos cristianos del siglo décimosexto, necesitaban mucho mas, necesitaban que las leyes y las instituciones resplandeciesen como empaçadas en el éter de las ideas nuevas y fulgurasen tal calor y tal vida que naciese, no solamente un nuevo hombre individual, sino tambien un nuevo hombre social. Tamaño empeño estaba en todas las obras de los varios reformadores; pero con especialidad y preferencia en la obra singularísima de Calvino. Allá en Alemania, bastábale á Lutero con ganar á un príncipe como el príncipe Federico de Sajonia; pero aquí en Suiza, necesitaba Calvino ganar un pueblo como el pueblo de Ginebra, y ofrecerlo en sus ideas y en sus obras de modelo á los demás pueblos del mundo. Por consiguiente, la obra de Calvino era de suyo religiosa, política, social; y el orador que la concebía y la realizaba por igual, habia de tener facultades de estadista y facultades de predicador. Los hay mayores en uno y otro sentido. Hay hombres de Estado que superan á Calvino en mucho, y hay hombres de palabra y de doctrina que le superan tambien; pero ninguno tiene la conjuncion de facultades extraordinarias que reconocemos en este hombre, parecido á uno de aquellos fundadores de las órdenes monásticas en los tiempos mas tormentosos de la historia moderna, los cuales modificaban desde la religion hasta el trabajo. Lo que le falta indudablemente á los ojos del mundo y á los ojos de la historia, es la ternura que atrae y la imaginacion que ilumina. Pocos caracteres menos atractivos que el rudo carácter de tal hombre, sombrío, implacable, violento, místico, y con todas las crueldades en su alma y todas las tristes asperezas en su estilo de un combatiente supersticioso y tenaz, en aquella época de combates porfiados

y terribles. Pero nosotros no tenemos derecho á juzgar á los hombres solamente por el tiempo en que nacen, sino tambien por la obra que dejan y por las consecuencias beneficiosas de esta obra extraordinaria. El hombre individual muere con su época y pasa con la personalidad de un dia; pero el hombre ideal, que ha servido á todos los siglos, se descíñe hasta de los lazos materiales de sus propias pasiones y entra sereno en la inmortalidad. Juzgad como querais el austero temperamento de Calvino, ¡ah! no podeis desconocer que la idea, perdida en las cenizas de una hoguera inmortal, aquella idea del Cristianismo político y práctico acariciada por San Francisco de Asís y por Jerónimo Savonarola, encuentra en él su verbo y su organizacion.

El estudio de la historia nos dice que, si brotan muchas ideas en la ciencia, se realizan y se cumplen pocas, muy pocas ideas en la práctica. Las sociedades humanas marchan muy lentamente; y aquel que las impulsa de veras hácia su perfeccionamiento, merece la gratitud de la posteridad y el laurel de la gloria. Y no puede, no, juzgarse á un reformador religioso, que lleva sus pensamientos como una levadura social á la realidad, con el mismo criterio que se podría juzgar á un pensador absorto en las altas contemplaciones científicas. Todos cuantos han querido trasformar en la práctica el mundo, han necesitado trasformarlo poco á poco y por medio de sucesivas trasformaciones y de continuos pactos entre el ideal eterno y el tiempo corriente. La intolerancia de Calvino, su dureza en el sentir, su acritud en el hablar, su adusto ceño, su temperamento violentísimo, cualidades propias podrían ser, en parte, de su persona y de su doctrina propias, pero eran, en una gran parte tambien, imposiciones de su sociedad y de su tiempo. ¿Cómo, de otra suerte, disciplinar aquella democracia turbulenta? ¿Cómo poner algun orden regular en aquella irregular anarquía? ¿Cómo crear y sostener, por la fuerza tan solo de la idea y de la palabra, una sociedad, que sirviese de faro á las demás sociedades cristianas? Solo, débil, pobre, de poca salud, de timidez cuasi femenil, sin hogar y sin patria, dirigiéndose á una ciudad extranjera, falto de aquellos protectores poderosos y brillantísimos bajo cuya mano luchara Lutero; sin el escenario de la inmensa Germania; sin el conflicto entre la autoridad del Imperio y la autoridad del Pontificado; sin la grandeza compañera de los demás reformadores, hizo de una democracia levantisca el gérmen de

la nueva República cristiana, grande ideal, cuyos rayos todavía brillan allá en los últimos confines del tiempo y difunden y derraman esperanzas para las edades futuras del mundo. Ese hombre agrio, supersticioso, fanático, implacable, que mezcla los códigos políticos y los códigos morales, que funda una teocracia en el seno de una democracia, que persigue á guisa de inquisidor con el hierro y el fuego á sus enemigos, ese hombre de un día, desaparece ante el hombre de la humanidad, que educando á Suiza y á Holanda y á Escocia, produce á la larga en el Nuevo Mundo, en la tierra de lo porvenir, el gérmen sacratísimo de la moderna sociedad. Todo reformador, para construir obras seculares, necesita tener por instrumento alguna pasión ó alguna fuerza ó algun error de su propio siglo. No son estas individualidades puras abstracciones, vagando allá como una teoría filosófica en esos espacios, sin límites y sin obstáculos, de la inmensa inteligencia. La realidad se vence con la fuerza, y la fuerza nace de muchos y muy varios impulsos. No tenía mas remedio Calvino para cumplir una obra secular, que contenerla y encerrarla en una organizacion propia del tiempo en que vivia y luchaba. Pero enseñadme alguna de las obras históricas, la que mas sublime os parezca, exenta de esta imperfeccion irremediable. Las ideas nuevas forman como una serie con las ideas antiguas, y muchos de sus términos se confunden con los errores pasados, de igual suerte que otros muchos se confunden con los albores de las verdades por venir. Calvino, Lutero, Savonarola, grandes personalidades parecidas en el tiempo á las gigantescas montañas en el espacio; cuando el alba sonríe allá en sus cimas, la noche y la oscuridad duermen aun á sus plantas.

CAPITULO X

DIVERSAS APTITUDES DE CALVINO

La personalidad altísima del hombre, que fundara la cristiandad republicana en Europa, no tiene todo el dramático interés ofrecido á la historia por Lutero y por Savonarola; pero, en cambio, se presta, como ninguno de ellos, al estudio del alcance que las ideas suelen poseer cuando llegan á la sociedad y á la vida en oportuna sazón. Interésanos en el monje sajón y en el monje lombardo su complexion artística, la cual presta luminoso realce á sus pensamientos religiosos. Cuando se lee un sermón de los pronunciados en Florencia, ó una carta de las escritas en Witemberg, no sabemos qué admirar mas en tan maravillosas producciones artísticas, si la forma ó el fondo. De todas suertes, captan nuestro ánimo las imágenes brillantísimas, las metáforas naturales, los contrastes bruscos, las indignaciones sublimes, las respuestas prontas, las mezclas de candor y de profundidad, las chabacanerías juntas con las sublimidades mayores de la idea y del arte. Así, aunque defendieran otra causa menos interesante para nosotros; aunque hablaran otra lengua menos corriente; aunque pertenecieran á otra época menos brillante, admiraríamos siempre sus obras, singulares por la original personalidad de sus sendas cualidades y de sus respectivos ingenios. Nada en Calvino de todo esto. Nos llama, nos atrae, nos subyuga por la idea, no por el arte. Castizo escritor francés y castigado escritor latino, en obediencia simple á las leyes de la sintaxis, escribe correctamente, pero sin arte, y á veces sin elocuencia. Todo el secreto de sus producciones, y quizás todo el atractivo, se halla en la naturalidad con que busca el modo natural de hablar mas adecuado al pensamiento.